

"MI PRIMER LIBRO":



*Presencias
de una tradición literaria
en Augusto Monterroso*

MARÍA TERESA SÁNCHEZ

No amamos nuestra tierra por grande y poderosa, por débil y pequeña, por sus nieves y noches blancas o su diluvio solar. La amamos, simplemente, porque es la nuestra.
Luis Cardoza y Aragón

Literatura y vida aparece publicada en Madrid por la editorial Alfaguara en el año 2003. Las lecturas y los conceptos teóricos sobre la escritura, sus devociones y las evocaciones a la literatura occidental e hispanoamericana afloran en los textos que integran ese volumen y trazan un verdadero derrotero del mundo de Monterroso, es decir, de su vida y de su obra.

Si se conviene que todo ensayo es un ejercicio de reflexión en el que se persigue la inteligibilidad de la actualización de procesos simbólicos y conceptuales y que, por lo tanto, la escritura del mismo traduce un proceso de interpretación, “Mi primer libro” responde casi con la precisión de un metrónomo a ese principio. Una lectura de este texto en tanto interpretación que el autor Augusto Monterroso hace de su trayectoria nos permitirá

conocer el campo intelectual en el que se inscribe su proyecto creador.

Con el artificio de hablar de su primera obra, el escritor diseña un recorrido de su trayectoria desde sus comienzos en Guatemala en la revista *Acanto*, sus primeros atisbos de publicación en ese campo, hasta la descripción pormenorizada de su primer ejemplar publicado, *Obras Completas y otros cuentos*, que constituye su nacimiento como autor de libros, hecho que sucede en México y le posibilita acceder al escenario de su creación en ese país. Pero su mayor interés está puesto en leer su inclusión en el campo guatemalteco a través de la cita de sus actividades en revistas literarias y en medios de comunicación, su compromiso ideológico, sus amistades, sus primeras incursiones en el campo.

SI SE ELIGE LEER AL ESCRITOR GUATEMALTECO AUGUSTO MONTERROSO EN CLAVE DE ENSAYO, "MI PRIMER LIBRO" ES UN BUEN PRINCIPIO. AL MENOS ASÍ LO CONSIDERARON SUS HEREDEROS CUANDO DECIDIERON PUBLICAR PÓSTUMAMENTE LITERATURA Y VIDA, LIBRO QUE CONTIENE EL ENSAYO ALUDIDO Y QUE NOS OFRECE UNA MARAVILLOSA SÍNTESIS DE LAS PREOCUPACIONES PREEMINENTES DEL ESCRITOR COMPILADAS EN DIECISÉIS TEXTOS. EN "MI PRIMER LIBRO" MONTERROSO, COMO SI SE TRATARA DE LA COMPOSICIÓN DE UNA CODA FINAL, DESPLIEGA UNA MIRADA PANORÁMICA SOBRE SU EXPERIENCIA COMO ESCRITOR PARA REACTUALIZAR LOS POSTULADOS DE SU TRADICIÓN GUATEMALTECA A TRAVÉS DE UNA LECTURA INTERPRETATIVA DE SU PROPIA TRAYECTORIA Y DE SU FIGURA DE AUTOR.

Esta operación le permite alcanzar dos metas: ofrecer a la comunidad hispanoamericana las representaciones simbólicas que lo inscriben como escritor guatemalteco¹ y con ella, dar forma a la misma idea implícita en el ensayo que nos ocupa.

Es decir que al revisar su accionar en la cuna de su proyecto como escritor, intenta resignificarlo con el consecuente horizonte anclado en la búsqueda de legitimación como autor consagrado en otro campo, en otra comunidad de sentido que no ha sido la que avizoró en sus albores intelectuales.

Resulta paradigmático el gesto de resignificación que hace Monterroso por dos razones: una emana del entramado del texto y de la familiaridad con sus mecanismos de ocultamiento. De ahí que la intencionalidad profundamente sería del enunciador se enmascara tras la inocente recurrencia al relato de su trayectoria literaria, cuando su anhelo es vociferar su posición de autor guatemalteco. La segunda razón se ubica cruzando las fronteras textuales, más cerca de ese círculo que a veces trazan los años que, cuando hablamos de escritores y de escrituras, significan evolución, transformación, definición de estilos o de posiciones. Es alrededor de 2000 el año de producción de este texto, época que colinda con el término de su trayectoria y que concuerda con la misma preocupación evidenciada en sus escritos finales: un denodado afán por consolidar sus filiaciones y afiliaciones. Es preciso, entonces, acordar que es el tratamiento de la construcción de autor el eje que vertebra la nueva lectura de su vida-obra y que la misma está definida desde el principio con la revisión de su procedencia.

Uno de los artificios con los que comienza su recorrido es suponer que debe dar una conferencia y que, al mejor estilo de los prólogos cervantinos o quevedianos, sigue los consejos de una amiga sobre las preferencias que el auditorio podría tener al momento de sentarse a escucharlo y a partir de allí, se

refiere a su propia persona desde el constructo de autor:

Poco después de aceptar la honrosa invitación a venir aquí me proponía tratar determinado problema literario que ha andado rondándome durante los últimos años, cuando una amiga me confesó que si ella tuviera que acudir a algún sitio para escucharme hablar en persona, lo que le gustaría oír sería (...) algo sobre mí; en mi calidad de escritor. (...) En fin, que puesta a escuchar a un autor, preferiría oírle más cosas acerca de él mismo que sus opiniones sobre cualquier problema abstracto. (Monterroso: 2003, 21)

Y en las líneas subsiguientes, planta el detalle de su procedencia que sintetiza la razón de la reinterpretación de su trayectoria escindida entre sus albores guatemaltecos y sus comienzos autoriales en el campo mexicano:

Pues bien, en las contraportadas de mis libros casi siempre se indica que soy un escritor guatemalteco exiliado en México. Más tarde, en las reseñas periódicas suele llamárseme guatemalteco-mexicano, y en algunas hasta mexicano sin más. Últimamente se anuncia que nací en Tegucigalpa, la capital de Honduras, el 21 de diciembre de 1921. (22)

En este ensayo, Monterroso quiere certificar que es guatemalteco y que así lo testimonian no sólo la realidad del hecho sino la verdad de la escritura ya que, luego de reseñar la presentación que el mercado editorial y la crítica hace y ha hecho de él, se explaya en la referencia a su novela autobiográfica, *Los buscadores de oro*², trayendo al texto una extensa cita de esta obra. En ella se releva la importancia del ser escritor por sobre el lugar de procedencia: “Para quien en un momento dado decide que va ser escritor, no existe diferencia alguna en haber naci-

¹En relación con esta idea de inscribirse como escritor guatemalteco, resulta interesante una frase que pronuncia en su discurso de aceptación del título *honoris causa* otorgado por la Universidad de San Carlos, Guatemala, en 1996, en el que dice: “(...) yo puedo decir ahora que, por lo que a mí hace, al salir de Guatemala llevaba claro ya el signo al que, (...) fui y he sido invariablemente fiel: el signo de escritor, de escritor guatemalteco.” (El destacado es mío.) Como vemos, autor y lugar de procedencia se añan en su intención de consolidación.

² En *Los buscadores de oro* aparece una operación similar a la de este ensayo. Monterroso atribuye a una imperiosa circunstancia de exposición la razón del texto; también ahí la necesidad de dar una conferencia lleva a hablar de la historia de su vida. Este texto es del año 1993 y reitera lo que tres años después, en los salones de la Universidad de San Carlos, en Guatemala, repetiría: “Soy, me siento y he sido siempre guatemalteco...”. Así comienza esta autobiografía, así zarpa en esa travesía de autoresignificación por su vida que, años más tarde, renueva en el ensayo de *Literatura y vida*.

do en cualquier punto de Centroamérica” (22). Vemos, por lo tanto, que el eje sobre la figura de autor es nuevamente textualizado.

Más que meros intentos de aclaración sobre su lugar de origen, Monterroso quiere emparentar experiencia vivida con su condición de escritor guatemalteco. Existencia particular y experiencia están puestas en relación y son leídas por Monterroso en un movimiento que sigue las líneas propias de la escritura occidental, sin saltos, sin vacíos. El ensayo, entonces, se convierte en una actualización de ese universo de representación que, perseguido por el triste devenir del exilio, trocó por otro.

El teórico francés Pierre Glaudes (2002) postula que el ensayo es un *discurso situado*. A propósito de esta idea, sus planteos nos acercan una síntesis de la confluencia existencia y experiencia.

L'ensemble de ces facteurs explique sans doute que le discours, dans l'essai, soit toujours situé. La quête de la vérité y est sans cesse rapportée à une existence particulière et à une expérience vécue dans la durée. Le sujet du discours a une histoire avec laquelle il doit compter pour mener à bien son oeuvre, qui est simultanément expérimentation de ses facultés naturelles, démarche heuristique visant une découverte



**LA LABOR DE INTÉRPRETE
EXISTENTE EN EL ENSAYO
SE CONSOLIDA EN UNA CONSTRUCCIÓN CONTINUA
QUE SE MATERIALIZA
EN LA MEDIDA EN QUE EL AUTOR RECORRE
EL CAMINO DE CONOCIMIENTO SOBRE SÍ MISMO
Y SOBRE EL MUNDO REPRESENTADO**

empirique de soi à l'épreuve du monde et écriture de cette expérience.(VI)³

La existencia particular contada por Monterroso tiene el sello de su autoría. Su experiencia está poblada de remembranzas de sus días en Guatemala, transcurridos entre la redacción de la revista *Acento*⁴, la participación en el periódico político *El Espectador* y la publicación de su primer cuento en el diario *El Imparcial*. También forman parte de ese tiempo los primeros pasos del escritor que junto a otro grupo de jóvenes iban conformando una generación que vio entorpecida su marcha por la violencia de un régimen dictatorial que se imponía con el consabido aniquilamiento de todo pensamiento opuesto.

A la mirada sobre Guatemala plasmada de ímpetu idealista y creativo, arrancada de cuajo por la imposición de un régimen —como lo fue la dictadura de Jorge Ubico— le sigue la del inevitable exilio en México, consecución lógica de los derrocamientos democráticos. Así, a esta segunda estación de su recorrido, le corresponde una nueva labor interpretativa, ahora sobre el campo intelectual

mexicano. Esto permite ver la constitución de un nuevo mundo interpretado a partir de la revisión de los acontecimientos, circunstancias y hechos que pueblan su experiencia en la tierra de su exilio. Esa aventura heurística se dirige hacia el objetivo de revelar al lector su deseo de inscripción en el campo de las letras hispanoamericanas. Por lo tanto, el descubrimiento de sí mismo aquí está ofrecido deliberadamente a un lector al que es necesario definir.

Cuando Monterroso apela al lector en un denotado gesto de interpelación y dice: “Con el objeto de tranquilizar a aquellos que ven en mi lugar de nacimiento una suerte de anomalía...” (22) no es al público que lo ha seguido por fábulas y relatos de magistral brevedad al que le habla. El destinatario es aquel, “aquellos” que lo leen en cuanto autor, o sea, esos lectores que invierten toda la perspicacia necesaria para analizar contraportadas, reseñas, editoriales, años de edición, publicaciones. De ahí que esta escritura de una experiencia, como señala Glaudes, está orientada a los integrantes específicos del campo, es decir, a críticos, lectores especializados, teóricos.

Resulta también significativo recordar el detenimiento del ensayista en el comienzo del texto sobre las consideraciones efectuadas por la crítica con respecto a su lugar de origen. En ellas queda de manifiesto que se lo ha presentado repitiendo este enunciado: “escritor guatemalteco exiliado en México”. Cuando revisamos las contraportadas de las publicaciones de la editorial Alfaguara, nos asombramos al comprobar la coincidencia textual entre la cita del escritor y el sello editorial.

³ El conjunto de estos factores explica, sin duda, que el discurso en el ensayo está siempre situado. La cuestión de la verdad está relacionada con una existencia particular y con una experiencia vista en el transcurrir. El sujeto del discurso tiene una historia con la que debe contar para llegar a buen fin con su obra, que es simultáneamente experimentación de sus facultades naturales, recorrido heurístico capaz de llevarlo al descubrimiento empírico de sí mismo al tiempo que descubre el mundo y por último, es escritura de esa experiencia. (La traducción es mía.)

⁴ El nombre *Acento* corresponde al inicio de la década de los cuarenta que sirve de fermento a una generación de escritores que se agruparán inicialmente con ese nombre: Asociación de Escritores Jóvenes de Guatemala, que más tarde se les conocerá como Generación de 1940.

La interpelación al público lector especializado y el recorte que elige para demostrar la manera en que las editoriales lo presentan son dos principios que merecen atención. Repasar los postulados de Pierre Bourdieu (2002a) en su texto “Los pájaros de Pfasón” posibilitará comprender la importancia de la editorial Alfaguara en la obra de Monterroso, en general, y en el marco de la revisión de este ensayo, en particular. Por lo tanto, reproducir las ideas del sociólogo francés contribuirá a visualizar los mecanismos de publicación y de legitimación como dos instancias que al unísono se manifiestan y adquieren su puesta en valor.

(...) el sentido público de la obra, como juicio objetivamente instituido sobre el valor y la verdad de la obra (con relación al cual todo juicio de gusto individual se ve obligado a definirse), es necesariamente colectivo. Es decir, el sujeto del juicio estético es un “nosotros” que puede tomarse por un “yo”: la objetivación de la intención creadora, que podría denominarse “publicación” (entendiendo con ello el hecho de “volverse pública”), se realiza a través de una infinidad de relaciones sociales específicas, relaciones entre el editor y el autor, relaciones entre el autor y la crítica, relaciones entre los autores, etc. En cada una de estas relaciones, cada uno de los agentes empeña no solamente la representación socialmente constituida que tiene del otro término de la relación (la representación de su posición y de su función en el campo intelectual, de su imagen pública como autor consagrado o maldito, como editor de vanguardia o tradicional, etc.), sino también la representación de la representación que el otro término de la relación tiene de él, es decir, de la definición social de la verdad y de su valor que se integra en y por el conjunto de las relaciones entre todos los miembros del universo intelectual. (29-30)

La necesidad de hablar de la publicación de su obra en este ensayo parece constituirse en una recurrencia inevitable a la que Monterroso acude en tres oportunidades en el texto y que terminan ocupando el lugar desde el cual mira los periodos de su trayectoria literaria. Es decir que empieza a hablar de su actividad de escritura en Guatemala y en México desde un momento preciso: la publicación de sus escritos, lo que equivale al instante en que su obra adquiere sentido público.

Al hacerse pública la obra, el valor del objeto y el valor del sujeto estarán condicionados por el veredicto del juicio estético del lector que se vuelve un *nosotros* y que, en la particularidad de este ensayo, se convierte en la comunidad de los expertos catadores del gusto. Lejos, entonces, de ver el mundo lector como un universo informe en el que habita un público al que hay que motivar con el chisporroteo de la ironía, la parodia y el humor, el proyecto creador de Monterroso en “Mi primer libro” se traduce en una inscripción de su categoría de autor. Este giro demuestra esa infinidad de relaciones sociales específicas de las que habla Bourdieu que se manifiestan cuando la obra se vuelve pública.

Merece aclararse, sin embargo, que su afán de legitimación en el campo, en el cambio, aludido no significa que en sus publicaciones anteriores no hayan tenido lugar esas relaciones, sino que en ésta las mismas adquieren otra dimensión que apunta a otra intencionalidad en su proyecto creador. De hecho, la consecución de una inscripción de su origen guatemalteco en la historia de la literatura hispanoamericana se hace evidente. Recordemos, además, que este ensayo forma parte de los últimos escritos de Monterroso cuando sus relaciones con los editores, con la crítica y con otros autores están tamizadas por la definición propia de todos los elementos formales de la evolución de su trayectoria literaria. Se trata, por lo tanto, de una época en la que el valor puesto en la obra pública y la verdad sobre el asunto del ensayo creada por el autor se construyen al mismo tiempo.

Se entiende, ciertamente, que esta verdad está ligada a la razón del tema del ensayo que se vuelve, una y otra vez, sobre el sujeto. De ahí que en el conjunto de relaciones aludidas entren en juego la representación que cada miembro de esas representaciones se hace y la definición social de la verdad y del valor que cada miembro se hace de ella.

La labor de intérprete existente en el ensayo se consolida en una construcción continua que se materializa en la medida en que el autor recorre el camino de conocimiento sobre sí mismo y sobre el mundo representado. En este marco, la experiencia vivida también adquiere categoría de representación que se va haciendo a la par de la nueva mirada que le prodiga el ensayista. Sin embargo, tal

como recuerda Glaudes (2002), el ensayo lejos de ser una aserción seria que supone siempre la plena adhesión del autor a sus proposiciones, deja al lector en la perplejidad y la vacilación. Así lo consideraba Montaigne cuando afirmaba que sus convicciones y su juicio marchaban a tropezones⁵.

También Monterroso, consciente como Montaigne de “esa marcha a tropezones”, demuestra en la escritura de “Mi primer libro” la fluctuación de sus juicios, la vacilación en la que el ensayista incurre al seguir los pasos de su volverse sobre sí, sobre su propia experiencia. Algunos ejemplos nos permiten visualizar la incertidumbre del enunciador que se cuestiona sobre la inteligibilidad de sus aserciones o se anticipa a las posibles dudas o malos entendidos en la recepción de sus lectores: “Con el objeto de tranquilizar a aquellos que ven en mi lugar...” (Monterroso, 2003: 22) “Dije antes las patas de los caballos” (25) “Doy un salto casi ecuestre” (26) “¿A qué viene todo esto?, podría preguntárseme” (30).

Ahora bien, esa textualidad que parece, realmente, irse haciendo “a tropezones”, tal como lo muestran las citas anteriores, contribuye a la construcción del autoconocimiento y la revisión de la verdad como experiencia vivida. En Monterroso, esa fluctuación siempre tiene que ver con la comunión de escritura-exilio-publicación que lo lleva a su construcción de autor reconocido y lo acerca a la definición en el campo mexicano. La insistencia en delimitar su condición de autor en el ensayo resulta trascendente. Muestra de ello es el modo en que revisa su primera publicación en tierra azteca.

Para entonces [se refiere al año 1957 que coincide con su regreso a México luego de su paso diplomático por Bolivia] contaba yo con cuentos escritos en México y en aquellos países; pero publicados de modo tan disperso en el tiempo y en el espacio que puede decirse que en la práctica nadie se había enterado de su existencia. Así, a los treinta y seis años yo era para muchos un autor inédito. Tal vez pen-

sando en eso, y con el deseo de remediarlo, mi amigo mexicano me sugirió reunir cuanto antes algunos de aquellos trabajos para ser editados en un volumen por la Universidad. (31)

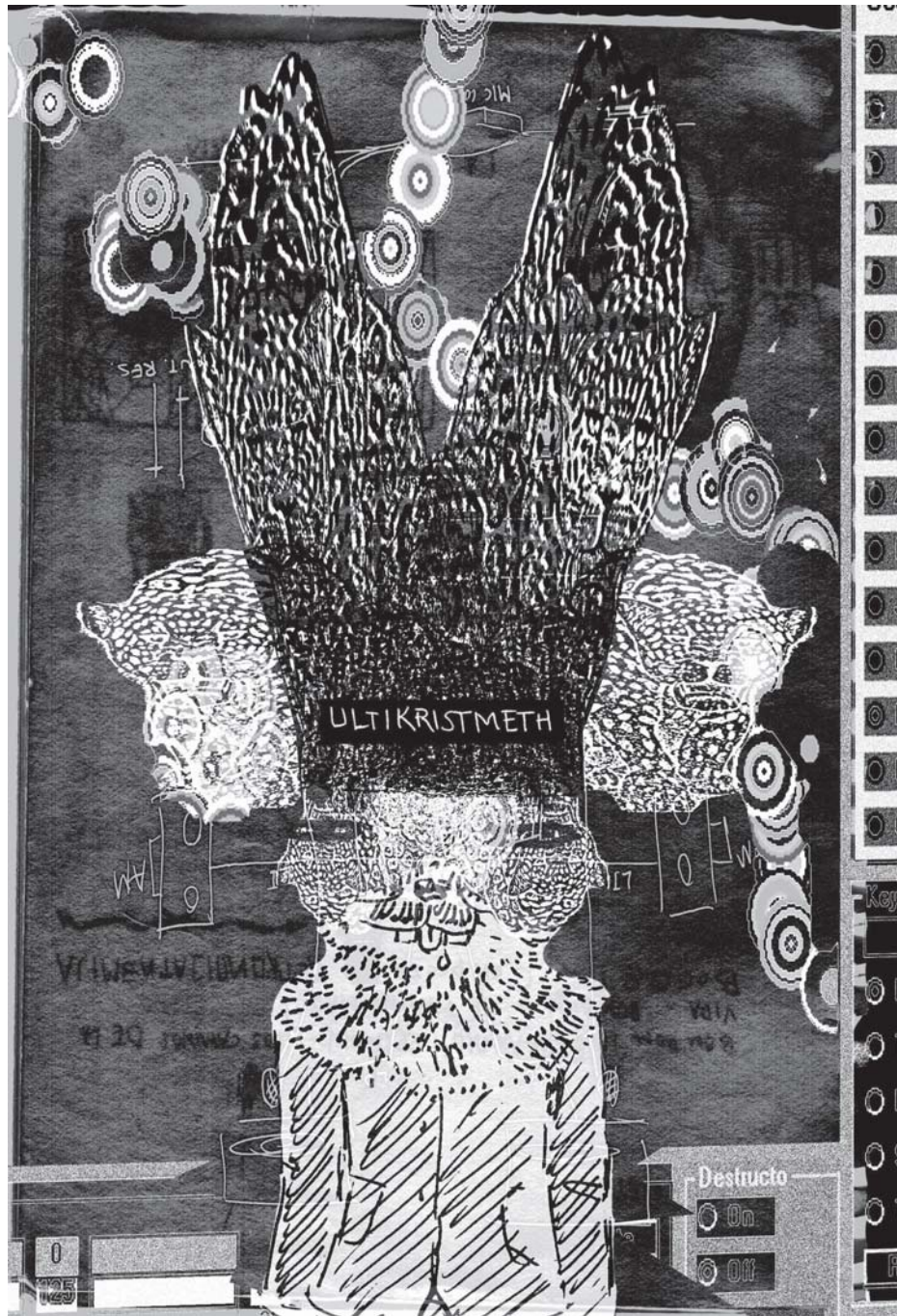
Es evidente que, detrás de este recorte anecdótico, está la intención de ofrecer un proyecto creador manifestado en el recorrido por sus trayectorias de publicación. De esa manera, cada estación en la que se detiene va estableciendo el cambio de lo inédito a lo conocido, de lo inexistente a lo existente, de lo no reconocido a lo reconocido hasta alcanzar la consagración.

Construcción de texto y tarea interpretativa van de la mano y en ese “ir a tientas” golpea⁶ diferentes puertas identificadas en la galería de las filiaciones y afiliaciones por las que deambula. Así se detiene ante escritores amigos, escritores consagrados, editores, catedráticos, compañeros de su accionar político que representan las variaciones en las relaciones de campo. Esto significa que, en su recorrido, la elección de sus asuntos responde a aquellos justificados por el valor público que hubiera adquirido esa entidad en el croquis que traza su legitimación como autor. La presentación de su amigo Henrique González Casanova, referido en la cita anterior, ofrece un ejemplo de la operación que realiza. Es decir, cuando su mirada retrospectiva se ancla en una determinada coordenada, siempre se transforma en un foco que, de alguna manera, le otorga una dimensión de legitimidad autorial. El apellido de González Casanova es sinónimo de las tres preocupaciones básicas de su interpretación: escritor-exilio-publicación. Por eso, el nombre de su amigo y el nacimiento de él como sujeto público en el campo mexicano caminan juntos.

Otras menciones ubicadas en la temática de su primera edición se enmarcan en el campo guatemalteco pero también responden al tema del exilio. Las referencias a Carlos Illescas, Guillermo Noriega Morales y Francisco Catalán como los amigos que sufren la misma suerte en una noche de persecución o la de los periódicos *El Imparcial* o *El Espectador*, el relato de las penurias atribuidas a su

⁵ “(...) l'enoncé essayiste, loin d'être une assertion sérieuse qui supposerait toujours la pleine adhésion de l'auteur à propos, plonge fréquemment le lecteur dans la perplexité et l'hésitation. (...) Mes conceptions et mon jugement reconnaît Montaigne-ne marchent qu'à tantons. (...)” (Glaudes, 2002: XXI)

⁶ Tomamos esta imagen del golpe de Glaudes, quien dice que el ensayo es un *coup d'essai*. (2002: XXI)



compañero Otto-Raúl González pertenecen al mismo teatro. Es así como su querido amigo Illescas, compañero del grupo *Acento*, como la publicación de su primer cuento en *El Imparcial*, son la antesala de los avatares políticos y por ende, de su partida obligada y dramática de Guatemala.

El trayecto que traza sobre sus publicaciones desemboca, ya casi al final del texto, en la mención

de una de sus últimas obras. Simplemente nombra la antología que compone junto a su esposa Bárbara Jacobs. Es interesante observar que no hay presentación preliminar para hablar de este libro elaborado en conjunto: “Estoy seguro —dice el ensayista— de que en mi niñez me volvió sentimental para siempre la vaca del cuento de Leopoldo Alas, Clarín, ‘Adiós, cordera’, que Bárbara Jacobs y yo

incluimos en nuestra *Antología del cuento triste*⁷ (Monterroso, 2003: 42). El texto al que alude no necesita de remisiones precisas que convaliden la mención de Bárbara Jacobs ni del volumen mismo porque ya es un autor consagrado.

He aquí, entonces: lo que hace Monterroso es repetir el gesto que inaugurara Michel de Montaigne, es decir, recurrir al *moi-meme*, al primer latido del ensayo según lo define Liliana Weinberg (2001) en *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*:

Para entender el ensayo es preciso descubrir su primer latido, acercarnos a su nacimiento mismo, cuando el ensayista pronuncia las palabras “yo, aquí, ahora”, y seguirlo luego en su despliegue, en este hacerse, de acontecimiento, sentido, de suceso, valor, y en este volverse, por la interpretación, de voz individual en palabra comunitaria. (23)

Detenerse, entonces, en el yo de enunciación de este ensayo, en ese tono inicial que dibujará el pentagrama de la trayectoria por su historia en pos de la construcción de autor, aportará relaciones con los postulados anteriores.

Las palabras iniciales del ensayo “Mi primer libro” corroboran el anclaje discursivo sellado en el

⁷ *Antología del cuento triste* fue publicada por primera vez en 1992 y reeditada por Alfaguara en 1997. (Para el comentario de esta nota, cuento con esta última edición). En esta antología, los escritores Augusto Monterroso y su esposa, Bárbara Jacobs compilan una serie de veinticuatro cuentos de la literatura universal desde el “Adiós, cordera” de Clarín hasta “Ysur” de Leopoldo Lugones, pasando por dos cuentos de William Faulkner y uno del mismo Monterroso, inclusión, si se quiere paradójica ya que se aleja de la visión que la crítica ha mantenido siempre con su escritura. De hecho, la operación que Monterroso hace es la de un denodado gesto de saberse autor consagrado y también, de erigirse como un “buen” *taste marker* en el valor que le otorga a las obras seleccionadas.

inaugural “moi meme” del francés que habita en la naturaleza misma del género y que se actualiza en Monterroso: “Poco después de aceptar la honrosa invitación a venir aquí *me*⁸ proponía tratar determinado problema literario que ha andado rondándome durante los últimos años” (Monterroso, 2003: 21). Es entonces, desde este lugar inscripto en el “yo, aquí, ahora”, desde donde empieza a entender la realidad de su inscripción en el campo. Volverse sobre sí mismo y aventurarse en la tarea interpretativa de su propia realidad representada es ofrecer una aclaración a la crítica, a los lectores especializados.

En este ensayo su autorrepresentación de autor ha sufrido un viraje peculiar en relación con su obra anterior⁹ ya que la impronta con la que arremete desde su inscripción en el mundo editorial es la de quien se sabe analizado, publicado, discutido, en última instancia, consagrado.

De este modo, Monterroso parece seguir a pie puntillas la advertencia “Al lector” de Montaigne quien en la primera página de sus ensayos anota: “je suis moi-meme la matière de mon livre”, y con esas palabras, tal como puntualiza Weinberg (2001), desencadena un movimiento fundacional por el cual el ensayista se vuelve sobre sí mismo para observarse e interpretarse en el momento de obser-

⁸ El subrayado es mío.

⁹ Al respecto, *Los buscadores de oro* posibilita comprobar la diferencia. En esa obra nos encontramos con un escritor que se propone hablar de sí mismo como un autor aún no convencido de su legitimación de consagración: “Como a pesar de lo dicho por el profesor Melis es muy probable que ustedes no sepan quién les va a hablar, empezaré por reconocer que soy un autor desconocido, o, tal vez con más exactitud, un autor ignorado.” Esta primera inscripción de autor desconocido o ignorado se acentúa si observamos que al referirse en esta novela a su obra, recurre a llamarla textos, trabajos o cuentos.

**NO HACE OTRA COSA MONTERROSO:
REMONTARSE A LOS RECUERDOS
QUE PARTEN DEL PARAÍSO GUATEMALTECO
PARA LLEGAR A LAS VIVENCIAS DE MÉXICO
Y EN ESTA COMUNICACIÓN ENTABLADA CON LA NOSTALGIA,
REMEMORA SUS PACTOS, RECONOCE LAS AUSENCIAS...**

var e interpretar el mundo: el yo va en busca del yo. También Monterroso desencadena un movimiento fundacional cuando en ese “aquí” con el que comienza su ensayo, decide transitar su obra remitiendo a la lectura de su experiencia vivida que se erige como tema, es decir, al igual que Montaigne, su tema se vuelve sobre sí mismo:

El ensayista es capaz de remontar su experiencia hasta atisbar un tiempo sin memoria (...). Trágica, gozosa, nostálgica de futuro y descubridora de antigüedades sepultadas: he allí la experiencia del ensayista que, a partir del yo-aquí-ahora, del paraíso de la intimidad, retrocede a los recuerdos compartidos hasta volverlos diálogo, comunicación de una experiencia vivida, en un ejercicio que siempre, de manera encubierta o entrevista, es un volverse hacia el nosotros. (Weinberg, 2001: 32)

No hace otra cosa Monterroso en su ejercicio de legitimación de este ensayo: remontarse a los recuerdos que parten del paraíso guatemalteco para llegar a las vivencias de México y en esta comunicación entablada con la nostalgia, rememora sus pactos, reconoce las ausencias, homenajea las presencias y sobre todo, pacta con la comunidad la reafirmación de su nombre. Es decir que les recuerda a aquellos que se enmarañan en la disquisición sobre su origen que el valor conseguido está plasmado en su obra. Por eso cree legítimo exponer este texto como una autoantología que merece inscribirse en el corpus de la literatura hispanoamericana.

Las referencias al campo mexicano no se reducen a la inscripción de sus primeras publicaciones. Recorren reconocimientos y homenajes. Juan Rulfo es mencionado a la par de *Obras Completas y otros cuentos*. “La publicación de aquel volumen —se refiere a *Obras Completas (y otros cuentos)*— fue un tanto tardía, cuando yo andaba ya por los treinta y ocho, y mis compañeros de generación, centroamericanos y mexicanos, cual más, cual menos, se habían convertido en autores de renombre, Juan Rulfo, por sólo citar a uno.” (Monterroso, 2003: 36). Nuevamente, la conciliación de obra publicada-sujeto público-consagración se presenta en un mismo escenario. Por otra parte, centralizar sus filiações en el nombre de Rulfo es llevar el estandarte de la mexicanidad para la época referida.

Al reconocer a ese nombre paradigmático de lo mexicano como uno de sus contemporáneos, inscribe el propio en el parnaso de los consagrados. Comprendemos, entonces, que en esta interpretación sobre su vida está implícito el reconocimiento de su propia evolución ya que ha dejado de ser el autor poco conocido de su autobiografía para ubicarse entre los aplaudidos. De ahí que en el identificarse en ese nosotros repita para la comunidad de sentido a la que se dirige, los lectores especializados, esos “aquellos” que mencionó al principio, que no se enmarañen en las disquisiciones sobre su origen y atiendan al lugar que ha logrado en el paraíso de ese cielo prestado que ha sido México.

Je moi-meme sois la materie de mon livre, sentenció Montaigne y en ese reconocimiento de tema y sujeto, de textualidad y autor de texto, inscribió para la historia literaria el nacimiento de una nueva manera de representar el mundo simbólico. Entonces para todos aquellos, críticos, lectores especializados, reseñistas, periodistas, lectores mayores y menores de su obra, les dice que es y lo que quiere ser y parte desde el principio de la obra, máxime valor puesta en lo publicable: la contraportada de los libros que es símbolo de autoría y de consagración.

Augusto Monterroso ha pensado, reflexionado sobre sí mismo en un renovado pacto de consolidación y de legitimación de su condición de autor. Escribe para invitar a la intrepidez de la crítica a considerar su lugar en la historia de la literatura hispanoamericana. Escribe para transitar caminos recorridos antes y después de su vuelo obligado a tierras mexicanas, para repensarse y repetirse como autor, para recordar en una constante reiteración de estrofas y antiestrofas que es y ha sido siempre un escritor guatemalteco. ∞

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (2002a). *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Montessor.
- Bourdieu, Pierre (2002b). *Campo intelectual y proyecto creador*. Buenos Aires: Montessor.
- Glaudes, Pierre (2002). *L'essai: métamorphoses d'un genre*. Université de Toulouse-Le Mirail: Presses Universitaires du Mirail.
- Monterroso, Augusto (2003). “Mi primer libro” en *Literatura y vida*. Madrid: Alfaguara.
- Weinberg, Liliana (2001). *El ensayo: entre el paraíso y el infierno*. México: Fondo de Cultura Económica.